

RELACIONES HUMANAS

El menosprecio del trabajo intelectual

JOSÉ MARÍA ROMERA



MARTÍN OLMOS

No deja de sorprender que, a estas alturas del siglo XXI, una protesta masiva del profesorado reciba respuestas sociales tan hostiles y despectivas como las que se están oyendo en las últimas semanas. No se trata esta vez del lógico enfado de padres y madres preocupados por que los niños pierdan días de clase, ni tampoco el tira y afloja de las administraciones que esgrimen argumentos para imponer sus medidas de recorte debilitando la posición de los profesores ante la opinión pública. Algo más inquietante se ha colado en este debate sobre el trabajo docente, tan interesadamente centrado en el número de horas de clase semanales que imparten los profesores: es el resentimiento latente que destilan muchas de las críticas contra unos trabajadores vistos como privilegiados, holgazanes e improductivos casi por definición. Evidentemente, es una imagen tan deformada como infundada. Pero dice bastante de la sociedad que pone al profesor en la picota y lo cubre de improperios basándose en el hecho aparente de que trabaja muchas menos horas que el común de los trabajadores. De poco sirve recordar una y otra vez que la dedicación del profesor comprende, por encima de las clases impartidas en las aulas, un tiempo variable dedicado al estudio, la investigación, la elaboración de textos y materiales, la corrección de exámenes y la orientación de los alumnos. Es decir, un trabajo privado, no visible, de carácter «intelectual» frente al trabajo «físico» a pie de pizarra, que es el que al parecer contabiliza en el baremo de méritos impuesto por la opinión pública. Hemos vuelto a darnos de bruces con los muros de antaño. Otra vez salen a la luz los valores rudimentarios de una cultura añeja

que menosprecia la actividad intelectual aunque con la boca pequeña se declare progresista. Vale que el educador se ocupe de los muchachos, los domeñe y se desespere para transmitirles algo de saber práctico. En este aspecto, el profesor está bien visto porque al fin y al cabo es uno más entre la multitud de esforzados que se ganan el pan con el sudor de su frente, que sufren la condena bíblica del 'tripalium', el instrumento de tortura de los romanos que dio origen a la palabra 'trabajo'. Pero un profesor que además piense empieza a ser algo sospechoso, y más si piensa con alegría e inventiva. El pensamiento merece, en el mejor de los casos, la consideración de un hobby que como tal ha de sufragarse a cargo del propio bolsillo. Y así se llega a paradojas como la de cierta personalidad política que un día defiende la autoridad del profesor llegando a blindarla con medidas legales, pero al otro desliza insinuaciones capciosas acerca de su discutible inclinación al esfuerzo. Habría que preguntarse si esta visión no ha sido favorecida también desde dentro de la propia comunidad educativa. Durante algún tiempo la escala de prestigio en el seno de los claustros de profesores vino presidida por el saber. Los más reconocidos eran aquellos que destacaban en su área de conocimiento o en su preparación académica, aunque no siem-

pre fueran los mejor dotados para transmitir la sabiduría a sus alumnos. Más tarde, con la avasalladora penetración de la psicopedagogía en la escuela, las admiraciones se desplazaron hacia quienes, sin necesidad de grandes conocimientos, disponían de habilidades o manejaban técnicas para enseñar mejor. En ambos casos se reconocían cualidades de orden intelectual, pero la sustitución del sabio por el enseñante consagraba el aula como escena preferente de la profesión. El mejor docente ya no se forjaba en la biblioteca ni en el laboratorio, sino en la arena donde bajaba de su tarima para bracear en el cuerpo a cuerpo de la comunicación entre pupitres. De ahí al modelo actual solo faltaba un paso. Cuando las aulas empezaron a alborotarse, el modelo de buen profesor empezó a parecerse al cuidador o al guardia urbano: alguien con arrestos para enfrentarse a la chavalería indómita, con aguante para soportar situaciones que a otros conducían al 'burnout' y con habilidades para manejar a los alumnos disruptores y resolver conflictos de disciplina. En cierto modo, había muerto el paradigma intelectual del profesor, sustituido por otro no muy alejado del operario manual. Si admitimos que el músculo vale más que la cabeza y el arte de enseñar se ha alejado del mundo de las ideas para instalarse en el de la producción, no debe extrañar que al profesor se le pretenda medir únicamente por su rendimiento en el aula. Así matamos dos pájaros de un tiro: nos ahorramos gastos en enseñanza y vamos alejando a los profesores de la peligrosa tentación de reflexionar, de dedicar tiempo y empeño al estudio, la lectura y el pensamiento, de transmitir a sus alumnos algo más que conocimientos prácticos y destrezas mecánicas.

LA CITA

Daniel Pennac

«Una buena clase no es un regimiento que marca el paso, sino una orquesta que interpreta la misma sinfonía»

CARTAS AL DIRECTOR

El jinete pálido

Y a su lado cabalgaba la muerte. Algo así era la frase en una famosa película y se puede aplicar con toda propiedad a la izquierda abertzale. En su momento fue la muerte física (asesinatos, coches bomba, etc...) y desde que, en un acto que recuerda sospechosamente a la Transición, se han convertido en demócratas de toda la vida, los cadáveres que dejan en las cunetas son políticos. Pasó con ANV, un partido con poca chicha pero cierta dignidad al que usaron coyunturalmente y esa alianza le costó la existencia. El caso de Alternatiba y EA es parecido, dos partidos en absoluto declive que se alían con Bildu en lo que parece un intento desesperado de sus dirigentes por conservar algún puesto institucional, sabiendo que, al menos por ahora, sus votos eran presa fácil de la nueva formación surgida a la sombra de Batasuna y su destino era la nada. Creo que podemos hablar tranquilamente de dos nuevos cadáveres políticos. La nueva presa es Aralar, a la que pienso que también le surgen enormes dudas de a dónde iban a ir a parar sus votos y parece que intentan salvar el pellejo aliándose con los que van a hacer lo posible y lo imposible por enterrarlos políticamente. Bildu también presionó al PNV para esta alianza, pero el PNV, además de tener un espacio electoral propio y consolidado es listo y sabe que la izquierda abertzale solo admite compañeros de viaje mientras le interesa estratégicamente. Pasado ese momento los desecha como cáscaras vacías a las que ha dejado sin vida y sin identidad.

IBAI GARCÍA GARITANO. VITORIA

Vida o herencia, la otra crisis

Ramona Estévez, la anciana que se encontraba en coma por infarto cerebral, ha fallecido tras estar catorce días sin recibir alimento alguno. ¿Se imaginan ustedes qué le pasaría a un bebé si le aplicaran el mismo 'digno' criterio que a Ramona? Aunque claro, un bebé tiene toda la vida por delante, es pequeño, sonríe y nos hace mucha gracia. Y una persona mayor es difícil de manejar, todo son quejidos, ya ha hecho todo lo que tenía que hacer y también tiene unos bienes que alguien tendrá que heredar, mejor pronto que tarde, antes de que la residencia de turno se la quede todita toda. Cuando en la sociedad impera el utilitarismo, el pragmatismo egocéntrico, los más débiles lo acaban pagando con su vida. Y no se salvan ni los bebés que crecen en el vientre de su madre ni los ancianos quejicosos si suponen una carga económica, afectiva o temporal a unas personas a las que, tiempo al tiempo, les pagarán con la misma moneda.

JESÚS ASENSI VENDRELL. VALENCIA

Hacia el decrecimiento

Los partidarios del decrecimiento pueden estar satisfechos, pues hacia esa situación econó-

mica parece que nos dirigimos inexorablemente, al menos en los países más desarrollados. Quienes defienden que la locura del crecimiento y consumo deben frenarse y retroceder para evitar el hundimiento global, están viendo cómo se cumplen sus deseos. Es evidente que, debido a nuestra natural estupidez, hay problemas que los humanos no solucionamos voluntariamente. Sin embargo, hay circunstancias que ponen remedio a los problemas sin nuestra directa intervención. No hay mal que por bien no venga, dice el refrán. Y si algún bien hay en esta crisis ese no es otro que el de la mejora medioambiental, y quién sabe si el principio de la salvación de nuestro planeta. Menos crecimiento, menos consumo. Menos consumo, menos residuos. En un mundo con espacio y recursos finitos, supongo que la sensatez consiste en el control responsable de la natalidad y en la protección del medio ambiente; y la locura, en huir hacia adelante sin reflexionar sobre las consecuencias de nuestros comportamientos. Lamentablemente, la responsabilidad humana va muy por detrás del desarrollo imparable y acelerado de la ciencia y de la técnica, lo que se traduce en un progreso sin control; un progreso que se nos escapa de las manos y nadie puede aventurar a que extraño destino puede conducir a la humanidad? PEDRO SERRANO MARTÍNEZ. VALLADOLID